

Rafael Jiménez Cataño, *La debilidad del poder creador*, 2006, México, JUS, 148 p.

El libro que aquí nos ocupa constituye una recopilación de ensayos que el autor ha trabajado a lo largo de los últimos años. Su autor, el filósofo Rafael Jiménez Cataño, profesor de la Facultad de Comunicación Institucional por la Universidad de la Santa Croce, (Roma), va a la búsqueda de los elementos humanizadores de las artes y de la experiencia estética, pues considera, no sólo que el arte es epifanía del ser de las cosas, sino que también encuentra en el arte “luces para comprender la vida, para atisbar la condición humana mirando el perfil de sí mismo que el hombre proyecta en sus obras”.

El libro está dividido en seis capítulos que tocan una diversidad de temas propios de la reflexión estética y en todos ellos se revela un aspecto humanizador del arte.

206

En el primer ensayo Jiménez Cataño considera que la belleza posee el poder de ordenar el universo, principio que hereda de Octavio Paz, para quien en el mundo bello no hay fatales perturbaciones, sino que todo viene a nuestro encuentro. Este principio permite asociar no sólo verdad y belleza, sino considerar que la revelación de la belleza sólo se da en aquel que une vida y libertad, lo mismo que tiempo y libertad, en virtud de que el arte no sólo es un evento asociado al tiempo libre, sino al hombre quien vive libremente su temporalidad, pues el arte no es un accesorio a la vida, antes bien, el arte se identifica con la vida misma.

De la misma manera se busca disolver la dicotomía entre arte y verdad, pero no porque el arte diga verdades, sino más bien porque el arte está en la dimensión del misterio y esta vivencia del misterio del arte es lo que nos permite seguir viendo como interesantes e inexplicables las cosas, principio humanizante, pues permite acercarnos a la dimensión de misterio que es propia del espíritu. En todo caso, la vivencia del arte es más próxima a la

idea de *iubilus* que a la de verdad, pues *iubilus* es “una cierta melodía que significa que el corazón da a luz lo que no se puede decir”. Es un no decir, pero también un no poder callar.

Esta unidad del hombre consigo mismo y con el arte lo encuentra también el autor cuando se habla de la unidad entre música y retórica. Razón y no razón. Lo cual desarrolla en su segundo ensayo: “Música y retórica en la percepción de la unidad del hombre.”

El autor nos recuerda que en el mundo antiguo europeo la retórica se usó en programas educativos y que ya desde la antigüedad se reconoció el poderío de la música, lo cual permitió identificar retórica y música y poner a la música cerca del conocimiento de los principios más elevados del universo. También nos habla de la ruptura que se dio en esta unidad gracias a la aparición de los textos aristotélicos que ponen a la música de *ancilla verbi*, pues al asociar la música con la retórica y no con los principios universales de la matemática, se le considera meramente una técnica para generar un estado de ánimo. Para resolver este problema el autor propone que así como no es posible comprender desde las distinciones cartesianas claras y distintas la relación alma-cuerpo, de la misma manera no es posible comprender en el arte la dialéctica del sonido y sentido, fondo y forma, verdad y música, armonía y desarmonía. Así, si bien es digno y justo preguntar por el arte, porque el arte está dentro de la realidad de lo *fragwürdig* o digno de ser preguntado, hay que aceptar que preguntar por el sentido del arte y especialmente de la música no se agota, porque el arte se abre a la experiencia de la trascendencia.

En el apartado titulado “La debilidad del poder creador”, nos hace ver un nuevo aporte humanizador del arte que se encarga de producir sentido y no de producir utilidad, y es que resulta pobre la visión del hombre común y corriente y del artista que a todo le busque un para qué; de la misma manera es igualmente errónea la postura del artista que crea por crear, pensando que todo acto creativo o ideatorio es ya de suyo un acto genial; de la misma forma, en el artista que apuesta su creación a actos mecánicos, robotizados, cargados incluso de más puro y pensado racionalismo, entra en una forma de mecanicismo utilitario que perjudica y denigra el proceso creador. Las ingeniosas paradojas con las que juega el autor para hacernos ver el absurdo en que cae quien mirara la naturaleza, no por su belleza sino sólo por su utilidad, son el mejor argumento para comprender que el ser humano íntegro

debe incorporar la contemplación estética a su vida y no dejarse guiar por argumentos pragmáticos.

La forma correcta de crear a la que hace alusión Jiménez Cataño queda expuesta con mayor claridad en el ensayo *El perfil del artista en la cultura náhuatl*, pues en él busca hacernos notar que hay una dimensión profundamente humana de la creación, algo que ya habían visto los nahuas cuando afirmaban que el artista es quien ‘dialoga con el corazón’. El autor nos redescubre que la cultura prehispánica consideraba ya un humanismo en el arte, pues hablan del buen artista como alguien que goza de palabras gustosas, alegres, que es el sabio, íntegro, dueño de su rostro y de un corazón, es decir, que es alguien que tiene una identidad consigo mismo. Para ellos el buen artista relaciona íntimamente creación y libertad, principios altamente humanos, de la misma manera que el mal artista es quien se aleja del principio humano, pues obra al azar y engaña a la gente, defrauda y es un ladrón, no encuentra placer en su trabajo, no dialoga con su corazón.

Este carácter creador, humano y ético permite al autor establecer una relación con la poética de Joaquín Antonio Peñalosa, en su cuarto ensayo, titulado “La mirada contemplativa en la experiencia poética: Joaquín Antonio Peñalosa” pues este poeta trata en su obra, por un lado, de la denuncia hacia el ser humano indigente a quien no se mira y se abandona; y por otro, nos invita a vivir la vida desde una dimensión cósmica, pues habla de cómo, quien ve la belleza, contempla el universo como al servicio del hombre pero no al servicio de utilidad. De esta forma, quien vive la belleza sale al encuentro del hombre y trasciende el mundo, principio que se puede asociar con el *habitus* latino, es decir, un tener que no es poseer utilitariamente. Aquí está el carácter humano de la contemplación de la belleza, pues nos abre a la gratuidad, nos invita a la libertad y a la responsabilidad, no se apodera de la realidad sino que la acoge como un don, lo cual nos acerca a los principios divinos, pues como afirma Peñalosa “hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones, que toca a cada uno de vosotros descubrir”.

Finalmente, este acercamiento a los principios más trascendentes del hombre y los más divinos llevan al autor en su último ensayo “Retóricas de la redención” a plantear la proximidad del arte con lo divino y la redención, pues el arte tiene la capacidad de rescatar la verdadera naturaleza de las cosas, y de liberarlas de esa forma como no deben ser; de aquí que el arte redima una naturaleza que no puede lograrlo por sí misma. Ejemplos de estos intentos y de esta conciencia de la redención mediante la belleza las

ejemplifica en artistas como Nikolai Gogol, Octavio Paz, Alfred Schnittke y Nezahualcóyotl, como también en diversas obras del cine contemporáneo.

Esta interesante recopilación de ensayos es recomendable para todo el público que esté interesado en reflexionar acerca de la riqueza del arte y del aporte que genera en la vida del ser humano.

JUAN CARLOS MANSUR  
Departamento Académico de  
Estudios Generales, ITAM